

Introducción

MANUEL ALTOLAGUIRRE, EL POETA IMPRESOR

La conmemoración del centenario del nacimiento de Manuel Altolaguirre en 2005 fue una ocasión excelente para prestar a su poesía la atención que merece, y para reclamar un lugar propio entre los poetas de su generación, eliminando definitivamente la consideración de «poeta menor» con que a menudo se le relegaba.¹ Reivindicación que ya hizo con especial convicción su amigo Luis Cernuda: «Mas a pesar de todo y de todos, era un poeta y nos ha dejado, en esa breve obra que escribió, versos y poemas inolvidables que anidan en nuestra memoria, en la que han de perdurar como lo que son: grandes poemas hermosos y vivos, al par de lo mejor que sus mejores contemporáneos escribieron»². Para Cernuda, en esa lamentable falta de aprecio poético tuvo tanto que ver «la ceguera en los contemporáneos de Altolaguirre ante esas pruebas de la verdad de su poesía», como su propia carencia de «esa destreza externa social, con la que otros poetas de su tiempo supieron imponerse como lo que no eran o como lo que

¹ Véase Francisco Javier Díez de Revenga, *Panorama crítico de la generación del 27*, Madrid, Castalia, 1987, pág. 268. Sólo se cita un estudio de conjunto sobre Altolaguirre en esta bibliografía —por lo demás bastante completa—, el de Carmen Hernández de Trelles, *Manuel Altolaguirre. Vida y literatura*, San Juan de Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, 1974.

² Véase, por ejemplo, su texto en el homenaje de la revista *Nivel*, núm. 43, México, julio de 1962, pág. 7; ápuđ James Valender (ed.), *Viaje a las islas invitadas. Manuel Altolaguirre. 1905-1959*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales/Residencia de Estudiantes, 2005, pág. 86.

eran en grado insuficiente»; es decir, su humildad. Hoy en día no lamentamos tanto el silencio sobre su figura —que no lo hay— dentro del grupo que llamamos del 27³, cuanto que durante décadas la imagen que nos llegaba de su papel en él —y, por tanto, de su valoración crítica— estuviera distorsionada por la variedad de sus ocupaciones y las agitadas circunstancias de su vida, así como por el atractivo de su personalidad, que se convirtió en legendario. En efecto, el Altolaguirre poeta había sido difuminado por el resto de sus muchas actividades en el ámbito de la cultura, sobre todo en el exilio a partir de 1939 (impresor y editor, dramaturgo y director teatral, conferenciante, articulista, guionista, y director, productor y exhibidor cinematográfico), además de por la ciertamente aventurera trayectoria de su vida, que él mismo se encargó de relatar en varios escritos autobiográficos destinados a un libro de memorias, *El caballo griego*, que nunca llegaría a finalizar.

A esto se añadían la candorosa imagen de ingenuidad y juventud con que sus amigos le recordaban desde su primera llegada a Madrid en 1925, la simpatía afectuosa de su entrega generosa a los demás y la lealtad en la amistad que mantuvo siempre. Pronto surgió la opinión de que realmente Altolaguirre era «un ángel». ¿Y cómo hablar de su poesía, si poetas —y muy buenos— había muchos, pero entre ellos ángel hubo sólo uno, él? José Esteban rastreó hace ya tiempo los testimonios de sus compañeros de generación que fueron forjando la leyenda.⁴ Son sobradamente conocidos, y no me detendré ahora en ellos, aunque sí conviene recordar que la fama de su condición etérea se

³ En adelante utilizo los términos «grupo» y «generación» del 27 por su probada eficacia comunicativa, aunque soy muy consciente de su imprecisión científica.

⁴ José Esteban, «Altolaguirre, visto por sus compañeros de generación», *Ínsula*, núm. 368-369, Madrid, 1977, pág. 5.

inicia con el retrato lírico de Juan Ramón Jiménez («Puesto a lo difícil, Manuel Altolaguirre pudo respirar en la luna. Yo le vi, escurrido, alto ópalo luto, clavado en el redondo blanco fijo, duda de astrónomos molientes»), que gustó tanto a Altolaguirre que no paró hasta publicarlo en el primer número de su revista *Héroe*. Etiqueta, la *angélica*, que se consolida con el «encuentro» de Vicente Aleixandre:

Pues sí, ángel. Porque el que no haya conocido a Manolito Altolaguirre en sus veinte años, poeta y codirector de *Litoral*, no ha conocido lo que todos los que entonces le conocieron decían que era: un ángel, que de un traspíes hubiera caído en la Tierra y que se levantara aturdido, sonriente... y pidiendo perdón.⁵

Luis Cernuda interpretó en el diminutivo la intención de menospreciar su poesía:

Quisieron consignar al olvido su raro don poético,
Cuidando de ver en él tan sólo y nada más que a «Manolito»
Y callando al poeta admirable que en él hubo.

Y llega a aventurar que:

Acaso él mismo fuera en parte responsable,
Por el afán de parecer un ángel, eterno adolescente.⁶

⁵ Vicente Aleixandre, «Manolito, Manolo, Manuel Altolaguirre», en *Los encuentros*, recogido en *Obras completas*, con prólogo de Carlos Bousoño, Madrid, Aguilar, 1968, pág. 1227.

⁶ Luis Cernuda, «Supervivencias tribales en el medio literario», en *Desolación de la químera*, publicado en *Poesía completa*, edición de Derek Harris y Luis Maristany, Madrid, Siruela, 1993, pág. 518.

En realidad, Luis Cernuda se equivocaba. Fueron los demás quienes se empeñaron en considerar especial a Manuel Altolaguirre. Según José María Amado, habría sido la hermana que profesaría como religiosa quien empezó a denominarlo así: «Manolo era un ángel, lo decía Emilia, que él tenía dentro de sí un ángel»⁷. Claro es que algunos episodios de su vida resultaban poco frecuentes y daban mucho que pensar, como la anécdota que contaba José Andrade, el tipógrafo de la imprenta Sur:

Un día [...] viendo el número que iba a salir, el número de Góngora, que dio mucho trabajo, dio un trabajo de muerte y había muchas moscas volando; mientras todos admiraban las pruebas y andaban por allí, aquello estaba lleno de moscas y moscas volando, era algo así como un enjambre, y Manolito cogió unas tijeras de la imprenta y dijo: «Esto es muy fácil, lo que hay que hacer con las moscas es partirlas por la mitad de un tijeretazo». Cogió e hizo así con unas tijeras y partió una mosca en dos. [...] Esto produjo admiración en los obreros y decían: «¿Ves tú como es un ángel? Sólo un ángel es capaz de partir una mosca en dos, con unas tijeras, mientras la mosca está volando».⁸

Rafael Martínez Nadal escribiría sobre su convivencia en Londres: «Su mundo interior, su verdadero vivir, era —tal me parecía— totalmente ajeno a la realidad circundante [...]. Él siempre desamparado en su “alta soledad delgada”, pero se diría

⁷ José María Amado, «Anecdotario del nacimiento de *Litoral*, 1926: Manuel Altolaguirre (III)», *Sur*, Málaga, 7 de octubre de 1983.

⁸ *Ibidem*.

intocado por el mundo exterior cuando a él descendía entre risas y sonrisas que tantas voluntades conquistaban»⁹. Y Octavio Paz recordaba de su estancia en Valencia en 1937, en la que le trató bastante: «Un ángel, decían con una sonrisa sus amigos; un ángel, decían con la boca torcida, sus enemigos»¹⁰. Anécdotas como la de las moscas debieron de transmitirse durante muchos años en Málaga, y para cuando Altolaguirre regresó a la ciudad, en 1950, le esperaba esa metáfora de su bonhomía: «Decían que era un ángel y que no sabía andar (porque los ángeles no saben andar por estos suelos, todo lo más hacen como que andan, para que no se rían demasiado los que no tienen alas)»¹¹. Por su parte, en el segundo poema de su último libro, cuando ya se había convertido, en palabras de Cernuda, en «cincuentón obeso», Altolaguirre haría alusión a ese calificativo con desengañada ironía:

Dicen que soy un ángel
y peldaño a peldaño
para alcanzar la luz
tengo que usar las piernas.
Cansado de subir a veces ruedo
(tal vez serán los pliegues de mi túnica)
pero un ángel rodando no es un ángel
si no tiene el honor de llegar al abismo.¹²

⁹ Rafael Martínez Nadal, «Manolo Altolaguirre en Londres (Apuntes para unas viñetas)», *Ínsula*, núm. 475, Madrid, junio de 1986, pág. 11.

¹⁰ Octavio Paz, «Tres recuerdos de Manuel Altolaguirre», en James Valender (ed.), *Manuel Altolaguirre. Los pasos profundos*, Málaga, Litoral, 1989, pág. 175.

¹¹ Alfonso Canales, «El ángel», *Sur Cultural*, Málaga, 25 de octubre de 1986, pág. 11.

¹² Manuel Altolaguirre, *Fin de un amor*, México, Isla, 1949, pág. 13.